

Formas de autoría

FEDERICO FELLINI Y WILLIAM WYLER

Diríamos que es un debate ya anacrónico, pero conviene de vez en cuando regresar a la noción de la autoría cinematográfica, aunque sea para ponerla una vez más en cuestión. Arrancar al mismo tiempo dos grandes retrospectivas dedicadas a directores en apariencia tan opuestos como William Wyler y Federico Fellini nos conduce evidentemente a ello, especialmente en tiempos en los que la llamada “puesta en escena” ha desaparecido de la ecuación en los textos de apreciación crítica, y cuando la figura del guionista, tradicionalmente ignorada o arrojada al olvido, está viviendo un extraordinario resurgimiento en los “productos audiovisuales” de mayor “consumo”. También desde el departamento de Programación de Filmoteca Española nos debemos preguntar por qué una serie televisiva como *Twin Peaks. The Return* (verdadero “objeto fílmico no identificado”) ha ocupado los primeros puestos en las listas del mejor “cine” de la última década en publicaciones especializadas, y si algo así hubiera sido posible sin la conciencia de que hay una mirada irremplazable detrás de todo, compartiendo crédito (o autoría) en todo caso con Mark Frost. Qué duda cabe, la obra completa del cineasta que debutó con *Cabeza borradora* no se puede abordar ignorando sus trabajos seriales para televisión y vídeo, como ocurre con otros grandes *autores* como Fassbinder, Bergman y Godard. El carisma creativo, la energía plástica y las transgresiones narrativas de carácter onírico vinculan estrechamente a Fellini con Lynch. Es difícil negar que en el escrutinio de sus trayectos creativos, el término “Autor” se escribe en mayúsculas.

Aún hoy, en todo caso, sigue siendo pertinente preguntarse si el cine de William Wyler responde a un universo propio y reconocible o se trata más bien de un director de extraordinario talento, éxito y consideración en los confines de la industria de Hollywood. Junto a sus buenos amigos John Huston y Billy Wilder, sin duda encarna una escuela de directores de industria que ponía el guion por encima de todo lo demás, moviéndose entre el entretenimiento y el comentario social, y que quizá ganó demasiados Oscar como para conquistar también la apreciación de los críticos “auteristas”. “*Cahiers du cinéma* nunca me perdonó por *Ben-Hur*”, dijo Wyler. Volver a sus películas o descubrirlas en el contexto actual quizá pueda colocarle en otro lugar. Cuando el australiano Peter Weir visitó Filmoteca Española el pasado mes de octubre para presentar la retrospectiva dedicada a su obra mostró un entusiasmo especial por el director de *Los mejores años de nuestra vida*, hasta el punto de confesar que



él siempre tuvo como ambición convertirse en el William Wyler de su tiempo. En verdad, ocurre con ambos creadores un fenómeno muy similar, y es que son más conocidas sus películas que el director que está detrás de ellas. “Si debo elegir entre la popularidad personal, o la de mis películas, escojo la de la película”, declaró el responsable de títulos memorables como *La loba* (1941), *Horizontes de grandeza* (1958), *Vacaciones en Roma* (1953), *El coleccionista* (1965), *La heredera* (1949) o *La señora Miniver* (1942). En los mismos términos se expresó en las presentaciones el director de *Master and Commander* (2003), a quien también caracteriza su afán de perfeccionismo en cada proyecto, la versatilidad para adaptar su visión a cualquier género y su talento para la dirección de actores. De hecho, el año en que Wyler hizo su última película, Weir hizo su primera, como si el dandi australiano le tomara el relevo al dandi alsaciano. En orden inverso, las retrospectivas dedicadas a ambos “autores” (“La mirada sumergida” y “El autor escondido”) también se toman el relevo en las salas del Doré. De enero a marzo, podremos sumergirnos en la apasionante filmografía de Wyler.

En paralelo, la filmografía completa de Federico Fellini, incluyendo sus filmes como guionista, nos hará partícipe no solo de la celebración de su centenario (que hubiera cumplido el 20 de enero), sino que nos permitirá discernir el modo en que su intransferible y abrasadora poética sigue alumbrando las miradas del cine contemporáneo. El genio de Rimini surgió en el neorrealismo para alejarse de él y acabar inventando un arte único, un imaginario indisoluble del hombre y de la cultura que representa, tan personal e introspectivo como coral y extravagante, tan cómico como dramático, tan nostálgico como inventivo, donde fantasía y realidad se retroalimentan y se anulan mutuamente. La mítica y el misticismo que rodean su obra, construida a partir de la memoria, la sensualidad y la alucinación, han dejado una huella indeleble. La clase de huella que solo puede dejar un verdadero autor, pues no podemos si no considerar *Ocho y medio* (1963) como el genuino ‘aleph’ de la autoría cinematográfica. Con semejante obra maestra sobre los demonios y los placeres de la creación, y compartiendo la genuina pasión felliniana por el cine y la vida, el Doré da la bienvenida a un nuevo año. ●



Carlos Reviriego
Director de Programación
Filmoteca Española